

JUAN BAUTISTA A VALLE-ARCE y EL
 ESCRUTINIO DE LA LIBRERÍA DE
 DON QUIJOTE

Carlos Orlando Nállim
Universidad Nacional de Cuyo

El lector del *Quijote*, ya en el primer capítulo, se va enterando de que el protagonista es un gran lector, en especial de libros de caballerías. Tan absorto llegó a estar en esta tarea, que asumió con mucho placer, que llegó a olvidarse de la caza y de la administración de su hacienda. Más aún llegó a vender muchas fanegas de su tierra cultivable para comprar más y más libros de su afición.

A partir de aquí podemos deducir, primero, la enorme influencia de tales libros para querer ejercer el antiguo y ya anacrónico oficio de caballero. Juan Bautista A valle-Arce sintetiza esta influencia y esta personal inclinación diciendo que estos libros fueron su cata-pulta!. El mismo autor sostiene que por primera vez se observa que toda una vida, la de don Quijote, descansa en libros, en la literatura, y nada más; y de inmediato se contesta que esto realmente es imposible.

A renglón seguido, se pregunta si se puede relacionar esta concepción cervantina de la vida afirmada en libros con un hecho histórico que se remonta a los orígenes del Islam. Mahoma llamó a los judíos y a los cristianos "la gente del libro", Ahl al-Qitab, porque consideraba que ellos tenían libros de revelación divina como la Tora, el Zabur o Salterio y el Indjil o Evangelio. Es decir que el Profeta daba una posición privilegiada al judaísmo y al cristianismo respecto de otras religiones; Esta expresión islámica que abarca a los monoteístas que fundan sus creencias en un libro hasta el día de hoy²

hace pensar al autor que de una manera similar la vida de los caballe

ros o la del mismo don Quijote se funda también en un libro, el de caballerías. Con perspicacia el autor dice ignorar si hay una analogía de dependencia o si se trata de un nexo entre vida colectiva e individual, si el libro es fruto del espíritu comUnitario o del individuo.

Pensamos que el objetivo de Avalle-Arce es investigar si el *Quijote* fue posible por incluirse en la tradición occidental o si lo hizo posible la más amplia que reunió a "la gente del libro" en una tradición permanente de castas, así llamadas y estudiadas por América Castro: cristianos, musulmanes y judíos que inspiran por muchos siglos la vida espiritual y cultural de España.

De la tradición occidental presente en don Quijote basta observar toda una corriente secular europea, cuyo espléndido ejemplo más cercano y más influyente es el Amadís. Caballeros encontramos hasta en la tradición extremo-oriental que en sus letras nos muestra toda una constante de muchos siglos y bien arraigada. Pero el caballero, a su vez enraizado en una vida viva y bulliciosa, también se da en el Oriente Medio y se manifiesta entre judíos y musulmanes.

Sin embargo, el lector del siglo XVII y el de hoy se pregunta si la enorme influencia de los libros de caballerías presente en el *Quijote* se debe al lector eximio, que es el protagonista o a la cantidad mayúscula de libros sobre el tema que guarda en su biblioteca o., a ambas razones. Don Quijote es a la vez un caballero y un intelectual.

Puestos a pensar en el tema, descubrimos de inmediato que el mundo de don Quijote nutre su concepción del hombre y de la vida, sus aventuras, hasta la imagen ejemplar que logra. No descubrimos mucho si afirmamos lo que ya entrevió sabiamente el burlesco bachiller cuando decía:

- No se le quedó nada -respondió Sansón- al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta; hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta (II, 3).

Entre 1615 y 1605 corren diez años pero se continúa un espíritu literario que no sabe de interrupciones, cortes o abruptos intervalos. Conociendo el valor libresco con que se mueve .Cervantes y su

creación es muy importante enterarse por lo menos aproximadamente del contenido de la biblioteca de don Quijote. Bien sabemos que fundamentalmente contenía novelas en prosa y libros en verso, ninguna muestra del género dramático. Si profundizamos un poco veremos que lo que más abunda son las novelas de caballerías y luego las novelas pastoriles, más algunas epopeyas renacentistas, muy en boga en su tiempo. Gracias a la presencia predominante de los libros de caballerías el protagonista, el caballero pueblerino y pobre, se convirtió en don Quijote de la Mancha.

Las novelas pastoriles también influyen en forma notable en el libro; y aunque nos olvidemos del episodio de Marcela y Grisóstomo y del de Leandra, los dos de la primera parte, interesan más aquellos que en la segunda parte abonan la increíble imaginación de don Quijote. Creemos que la base doctrinal fundada en el mito pastoril culmina cuando autoritariamente debe abandonar el mundo de la caballería. Don Quijote cae vencido en la playa barcelonesa por el Caballero de la Blanca Luna y debe abandonar el cosmos de la caballería pero de inmediato vuelve al mito, a otro mito por él también muy conocido -su biblioteca y su historia son suficientes testimonios vale decir, al mundo pastoril. La lectura de sus proyectos pastorales incluidos en la segunda parte, capítulo LXVII, abona suficientemente esta tesis.

El género épico también está presente en su biblioteca a través de abultados ejemplares de la epopeya renacentista, que está muy cerca del cariz heroico caballeresco del héroe, es decir representa vivamente el carácter épico del gran libro cervantino.

La poesía lírica también presente en los anaqueles, aunque escasa, dice de la afición de Cervantes y reaparece con cierto relieve nada despreciable en la figura del protagonista.

Creemos que A valle-Arce ha sabido ver con sabiduría la influencia de esta biblioteca en el personaje principal que corre con sus aventuras y reflexiones a través del *Quijote*. También creemos que es razonable su enojo frente al agrio y breve comentario de Miguel de Unamuno cuando en su *Vida de don Quijote y Sancho* y refiriéndose al capítulo que Cervantes dedica a la biblioteca y su

escrutinio (1, 6), aduce que debe "importamos muy poco". Para el crítico esta afirmación errónea se funda en la reacción antirromántica unamuniana que disoció los conceptos literatura y vida.

Quizás con un criterio similar podría pareceros que no sólo la biblioteca de don Quijote sino también la novela en general no tiene tampoco mucho más que ofrecer en la actualidad. A pesar de los agoreros que se suceden desde la segunda mitad del siglo XIX y aunque se considere la narrativa sólo como un medio de expresión realista o como el espacio para la libre imaginación, la verdad es que millones de lectores avalan su permanencia y sus posibilidades en el futuro cercano y lejano.

Ni siquiera el hecho de la acelerada evolución de los medios electrónicos y audiovisuales -para algunos el mayor peligro que enfrenta la novela actual- pondrán en peligro su palpitante vida. La novela satisfará siempre la necesidad de narrar historias pese a la imagen cinematográfica o televisiva, etcétera.

La novela no es un paso intermedio que mira hacia las nuevas tecnologías, simplemente puede tender a una mayor perfección dentro de su propio ámbito. Nadie duda de su origen épico y nadie duda tampoco que su ficción se funda en la prolífica imaginación de los autores. Muchos de nosotros gracias a ella pudimos conocer el pensamiento de otros hombres, vivir o revivir existencias ajenas, interpretar con distintas perspectivas la realidad. Y como si esto fuera poco se volvió, desde hace siglos, una fuente de entretenimiento que evita la monotonía o el horror del mundo por un momento cuando no nos lleva a la reflexión. Hoy se ha llegado a decir que "la novela cumple con tres cometidos básicos: intercambiar historias, divertir y provocar la reflexión").

Avalle-Arce señala que hay un hecho ineludible que debido a: "la importancia que los libros adquieren en la orientación vital de un hombre -don Quijote de la Mancha-, estos libros son quemados"⁴. Bien sabemos que la quema de los libros es una manera de intentar matar las ideas, y como esto no es fácil, se ha supuesto siempre que al menos hay que eliminar sus medios de difusión. Por una parte se está ponderando el valor de las ideas y por otra la fe en que con la

quema de los libros se eliminan aquéllas y se hace desaparecer a éstos que las portan. A través de los siglos, cuando se ha querido desarraigar las ideas, se ha pensado primero en la censura de los libros y luego, si ésta no ha sido suficiente, en quemarlos.

Desde hace tiempo y cada vez que se pondera al libro, se recuerda la gran biblioteca de Alejandría o la biblioteca real o la biblioteca madre o el Serapeion, de los tiempos de Ptolomeo Soter y su hijo Ptolomeo II, Filadelfo, ambos guerreros por su nombre que además significa "salvador" el primero y "el que ama a su hermano", el segundo. Ambos pensaron en un faro intelectual porque bien entendían que el faro luminoso podía guiar a las embarcaciones pero que era necesario crear y perfeccionar otro faro que iluminara a la nueva Alejandría, al muy antiguo Egipto y a todo el Oriente Medio. Se dice, y al parecer sin exageración alguna, que en esa enorme y lujosa biblioteca, situada en la Acrópolis de la ciudad, se llegaron a reunir cuarenta y ocho mil volúmenes.

A pesar de su importancia esta enorme biblioteca, griega por excelencia, fue destruida y su pérdida resultó irreparable para la literatura oriental y griega. La imaginación de los historiadores, al no hallarse documentación fehaciente, ha podido convertir en leyenda esta pira bibliográfica. Para algunos, Cleopatra regaló a César cuando pasó por Alejandría, en el 48 A. de C., unos cuarenta mil volúmenes procedentes de la biblioteca, que se quemaron en el puerto por un incendio provocado por los enemigos de la emperatriz. Y quizás, dicen, ésa fue la razón para que Marco Antonio obsequiara a Cleopatra veinte mil volúmenes de la biblioteca de Pérgamo. Luego la imaginación o la leyenda no nos dice si el incendio llegó a afectar al Musaion o a la Biblioteca.

Cuando los Ptolomeos, en el 30 A. de C., dejan de gobernar Egipto después de tres siglos, el país se convierte en provincia romana y durante la dominación de Roma, especialmente en el siglo II y en el III de nuestra era, se sucedieron subversiones contra el poder imperial y la ciudad fue gravemente dañada cuando no arrasada.

En el 391 el patriarca Teófilo, cumpliendo con una orden del emperador Teodosio de cerrar los templos paganos y reemplazarlos

por iglesias, destruyó el Serapeion y edificó en su lugar la iglesia de San Juan Bautista.

En el siglo XIII Europa conoce una nueva versión, de origen árabe, que atribuye la destrucción de la biblioteca a Ornar Ibn Al-Jatab, el segundo jalifa, fundador del Imperio Árabe, que en el siglo VII, al conquistar Egipto y tornar Alejandría, quemó su biblioteca porque contenía obras contrarias al Islam. Así como el tercer gran santuario musulmán es el Jerusalem de la mezquita que lleva su nombre y nadie lo discute, lo de la quema de la biblioteca de Alejandría no pasa de ser una acusación interesada.

He aquí que el enigma sigue en pie. La destrucción de la biblioteca da lugar a tres hipótesis que indican tres nombres que de alguna manera simbolizan tres culturas: un romano, un cristiano y un musulmán. El simbolismo de esta biblioteca y de su quema o desaparición es tan grande en la historia de la humanidad que hoy mismo, ya partir de 1986, se trabaja intensamente, con el apoyo especial de Egipto y de la Unesco, para de alguna manera dotar a Alejandría de una nueva, moderna y gigante biblioteca que reemplace aquella famosa y destruida de otros tiempos.

No cabe duda de que la historia o las leyendas que se tejieron alrededor de la quema o destrucción de la biblioteca alejandrina tiene un especial atractivo y la conocen cabal o imprecisamente la gente culta y hasta la inculta. El libro sigue siendo un *valioso* portador de ideas y sin embargo no faltan quienes lo acusen de *peligroso* portador de ideas. De todos modos y desde un punto de vista simbólico, los significados del libro se multiplican y se enriquecen notablemente. Aunque parezca trivial se puede seguir afirmando que el libro es tanto el símbolo de la ciencia y la sabiduría como un instrumento didáctico, por ejemplo en el arte de la decoración.

No es menos cierto que elevándonos un poco más el libro es, como quiere Mohyddin ibn-Arabí, el símbolo del universo. Por su parte el "libro de la vida" del Apocalipsis está en el centro del paraíso, donde se identifica con el "árbol de la vida". No olvidemos tampoco los libros sibilinos de los romanos o el *Libro de los muertos* del antiguo Egipto. El *Liber Mundi* es un libro porque el libro es la revelación

lación y entonces, por extensión, la manifestación. El curioso también se interesará por un libro "cerrado", vale decir la materia virgen; y por un libro "abierto", que es la materia fecundada.

Sabemos que el *Quijote* aparece a principios del siglo XVII y que casi dos siglos antes se registra la primera quema de libros bien documentada. Así lo señala A valle-Arce cuando nos recuerda que el príncipe, hombre de letras y pariente del rey don Juan II de Castilla, don Enrique de Villena, fue acusado de tratos diabólicos por su mucho saber. En diciembre de 1434, tras la muerte de don Enrique, el rey ordena la quema de sus libros "para impedir la difusión de ideas tan peligrosas".

Avalle-Arce afirma que "es lamentable desde todo punto de vista que la iniciativa estatal en la quema de libros para desarraigar ideas ha tenido tristes rebotes en nuestros días, en la Alemania nazi o en la Argentina de la primera presidencia de Perón"⁶. Se conservan los documentos que llevaron al Santo Oficio a solicitar la quema al rey. Es bien sabido que la Inquisición, con el respaldo real, disponía del poder de censura sobre los libros y que se llegó, a partir de 1551, a los índices expurgatorios.

No nos puede extrañar entonces que, como fondo del escrutinio de los libros de don Quijote, Cervantes haya recreado aunque más no sea con alguna que otra alusión verbal y semejanzas superficiales un tono inquisitorial: "Podía ser hallar algunos [libros] que no merecieran castigo de fuego". La sobrina aboga enérgicamente por no perdonar a ningún dañador. No obstante, A valle-Arce en otro libro, reitera la faz cómica del episodio cuando nos dice en síntesis que:

El transfondo del escrutinio es buscadamente inquisitorial, que, al aunar la solemnidad y terror, asociados con la Inquisición, con los disparates y gracias que se dicen, subrayan lo cómico del episodio⁷.

Un buen ejemplo de cómo actuaron los inquisidores "sui generis" es la reacción del cura, ante el primer libro que maese Nicolás puso en sus manos, el *Amadís de Gaula*. El cura reaccionó diciendo "Pa

rece cosa de misterio ésta porque según he oído decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y origen deste; y así, me parece que, como dogmatizador de una secta tan mala, le debemos, sin excusa alguna, condenar al fuego". Por su parte, el barbero afirmó que era "el mejor de todos los libros de este género". Entonces el cura decide no quemarlo. Se pasa revista así a varios libros de caballerías y vale la pena leer estas páginas dedicadas al "escrutinio" para enterarnos a través del barbero y sobre todo del Cura licenciado de las opiniones que de estos libros se podía tener en aquel tiempo.

Cuando llegan a *La Diana*, de Jorge de Montemayor y confundiendo esta novela pastoril con muchos otros como libro de poesía, opina el licenciado que "Estos no merecen ser quemados, como los demás, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero". De qué otra manera podría expresarse Cervantes siendo el autor de la *Galatea*. El único reparo fue el de la sobrina por temor a que un buen día, su tío sanado de la enfermedad caballeresca, se hiciera poeta pastoral. El Cura "salomónicamente" decide que se le quite todo el episodio de la sabia Felicia y algunos otros detalles y salvar al resto de la quema. "

No podríamos pasar por alto la opinión de este especial "inquisidor" cuando halla a la *Galatea* del mismísimo Cervantes:

- Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena inversión; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega; y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadres.

La *Galatea* fue impresa en Alcalá en 1585. Su autor no llegó a publicar la segunda parte, prometida en más de una ocasión. En la dedicatoria al Conde de Lemos de los *Trabajos de Persi/es* y

Segismunda, pocos días antes de su muerte lo promete por última vez si milagrosamente el cielo le diese vida. Lo cierto es que nunca apareció tal segunda parte. La opinión transcrita que Cervantes tiene de su *Galatea* ha dado a la crítica mucho que pensar. En el caso de A valle-Arce baste decir que sus estudios *La novela pastoril española* y su edición prologada y anotada de la *Galatea* son un muy buen ejemplo del amor y erudición con que se ha dedicado durante años al tema pastoral y, en especial, en CervantC.~s.

No vale la pena seguir reiterando aquí otros nombres de los libros de la biblioteca de don Quijote. Basta con lo que hemos dicho brevemente o con releer el capítulo VI, dedicado al escrutinio; no obstante, sí vale la pena reiterar que el examen de esta biblioteca nos muestra las raíces, los conceptos y hasta los prejuicios que influyeron medularmente en el singular caballero que fue don Quijote. De donde nadie debe creer que releer o recordar tales títulos sobre libros de caballerías, novelas pastoriles y pocas muestras de poesía lírica y de poemas épicos es sólo una erudita retahíla.

Por el contrario, esas presencias en esos anaqueles demuestran también algunas ausencias muy importantes en la España de aquel tiempo. Por ejemplo, a pesar de la vasta literatura espiritual que se imprimía y circulaba, no hay un solo ejemplar de libros de ascética, mística y ni siquiera de devoción. Algo parecido podemos decir de los libros de filosofía y de historia, aunque el protagonista don Quijote no ignorara ni una ni otra ciencia.

Llama más aún la atención el hecho de que no hubiese en la biblioteca ningún romancero, a pesar de la abundancia de romances que se contienen en el libro o simplemente se sugiere. Pero, bien lo sabemos, el romancero vivía en boca de muchos porque la tradición oral los revivía constantemente. Del *Romancero Nuevo* no hay que hablar pues era coto reservado para cortesanos y nacido de la pluma de pocos autores. El género dramático no interesa para nada en la larga narración aunque excepcionalmente se aluda a él¹⁹. Después de esta acotación sobre las ausencias notables, resurge la importancia que en el quehacer y en el pensamiento de don Quijote tuvieron los libros presentes en su biblioteca.

Diego Clemencín ya anotaba en sus comentarios que cuando empieza el capítulo y se dice que el grupo escrutador halló "más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños", que era común en aquel tiempo que los libros caballerescos se imprimieran ordinariamente en folio, y que los denominados "pequeños" o de "entretenimiento" solían imprimirse en tamaños menores.

La biblioteca de don Quijote era muy nutrida -más de trecientos volúmenes- y el mismo Avalle-Arce se ha detenido en este importante detalle cuando considera el inmenso valor que significaba tener una biblioteca privada y nutrida en una aldea. Por otra parte, en el capítulo VI se confirma lo anunciado en el capítulo primero:

Se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aún la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber deBos.

El crítico, en este rico e interesante capítulo titulado "Libro~ y charlas; conocimiento y dudas" de su valioso libro *Don Quijote como forma de vida*, se detiene, tras comentamos el contenido de la biblioteca de don Quijote, su escrutinio y la quema en el corral de los libros desaprobados, en el trillado tema, tantas veces expuesto y pocas resuelto de si don Quijote es cuerdo o loco. Para abordar brevemente el tema se vale de don Lorenzo de Miranda, "el caballero del verde gabán", que lo define como "loco entreverado". Es un loco con momentos de sensatez que, en boca de su sobrina, se resuelve así: "Que sepa vuestra merced tanto, señor tío, que, si fuese menester en una necesidad, podría subir en un púlpito e irse a predicar por esas calles...".

Avallé-Arce, tan buen lector del *Quijote*, inmediatamente nos avisa que este diagnóstico queda totalmente confirmado luego por Sancho panza:

Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancias suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza a enhilar sentencias y a dar consejo, no sólo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas a ¿qué quieres, boca? ¡Válate al diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes ! Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cuchara (II, 32).

Él nos habla entonces de que el protagonista "tiene el ímpetu del adolescente y la discreción de la madurez"10.

Este buen lector y buen crítico afirma también que "una de las tantas maravillas que encierra el *Quijote* es la perfecta relación entre diálogo y narración, inhallable en los anales literarios anteriores". Con esta aclaración perspicaz y medular creo que nos pone en guardia contra aquellos que se exceden cuando creen ver un paralelo entre Hamlet y don Quijote porque el primero se finge loco mientras que el segundo es a veces loco y otras veces se presenta cuerdo. Incluso si la clave de la personalidad de Hamlet se da en su famoso monólogo "*To be or not to be: that is the question*", don Quijote, que en muy pocas ocasiones se queda solo, se vale fundamentalmente del diálogo.

Por otra parte, no habrá que olvidar que el alcaláino se lanza a las letras a través del teatro, hecho que todavía recuerda con satisfacción muchos años después, en 1615, en su "Prólogo al lector" de sus *Ocho comedias y ocho entremeses*. En efecto, Cervantes nos dice en ese prólogo que, teniendo como tenía algunas comedias y entremeses guardados y condenados al silencio, un librero que conocía el hecho se los compró. Los releyó y al ver que no eran "tan malos y tan malas" se los vendió al librero para que los publicara y hasta promete que está componiendo una comedia más porque cree que sus co

medias y entremeses -lo afirma en la dedicatoria al Conde de Lemos- no son tan "desabridos" y pueden "dar algún gusto"11.

Nosotros en estas páginas hemos coincidido o pretendemos haber coincidido con Avalle-Arce y su admirado crítico que se llamó Antonio Rodríguez-Moñino. Es decir no caer en la desorientación en que cae muchas veces la crítica de nuestros tiempos porque no es lo mismo investigar la realidad literaria de hoy que la realidad literaria de los Siglos de Oro.

Desde el siglo xvrn hasta nuestros días hemos visto la frondosa y útil labor crítica referida a obras y autores, casi desconocidos tras su muerte, nos hemos acostumbrado también a las ediciones críticas, a las enormes bibliotecas situadas en las metrópolis culturales del mundo: Washington, Nueva York, Londres, París, Madrid; Roma, Buenos Aires, etc. A nuestros ojos desprevenidos la extraordinaria biblioteca de don Quijote, estupenda en su tiempo por la cantidad de "grandes" y "pequeños" que posaban en sus anaqueles, sería hoy una biblioteca particular más.

El erudito o el maestro debe conocer los tiempos para distinguir que conocer tantos libros de caballerías o tantos poemas líricos que hoy están al alcance de nuestras manos, allá lejos era sólo un privilegio de muy poca gente. Cuando se nos cuenta de su testamento ya casi a la hora de la muerte, sólo entonces don Quijote "que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo y que en:: dereza tuertos, estando por la edad agobiado"¹², sólo entonces recobra el sentido de su responsabilidad o simplemente recupera el buen juicio.

La vida universitaria de Juan Bautista Avalle-Arce, que ha recorrido la Universidad de Buenos Aires, Harvard University, Ohio State University, Smith College, University of North Carolina at Chapel Hill y la University of California, Santa Bárbara, de alguna manera culmina con un dato reciente y honroso. En febrero de 1999, la Academia Cervantina Internacional, del Patronato de la Universidad de Guanajuato, lo elige como el primer Presidente. Sus numerosísimas distinciones por su investigación y obra dedicada en especial a Cervantes lo señalan -creo que sin exageración- como el cervantista actual por antonomasia.

RESUMEN

En este trabajo se destacan los aportes de Avalle Arce a la crítica del Quijote que lo convierten en el "cervantista actual por antonomasia". Se señalan sus grandes aciertos: la peculiar tesis del crítico acerca de la relación que se establece entre vida y literatura; la influencia en la vida de Don Quijote no sólo de los libros de caballería sino también de muchos otros que conformaban su abundante biblioteca; la solución que aporta al trillado tema cordura/locura del personaje y, por último la relevancia que el crítico confiere a la perfecta relación que se da en la obra cervantina entre narración y diálogo, nunca antes lograda. Esto permite reflexionar acerca del papel de la novela y del libro a lo largo de la historia de la humanidad ya que, al ser un valioso portador de ideas, se convierte en símbolo de la ciencia y de la sabiduría como instrumento didáctico.

NOTAS

¹ Juan Bautista A Valle-Arce. *Don Quijote como forma de vida*. Madrid, Fundación Juan March y Editorial Castalia, 1976, p. 261.

² A valle-Arce sostiene que la denominación sirvió "por largo tiempo". Sin embargo nosotros creemos que todavía se usa con toda su fuerza semántica. Basta observar los fundamentos de las interminables polémicas que suscita la creación y estabilidad del Estado de Israel, y la convivencia del Islam con el Cristianismo en el Oriente Medio.

³ Vid. Jorge Volpi. "Cinco meditaciones sobre el futuro de la novela". En: "Ámbito de los libros", de *Ámbito Financiero*. Buenos Aires, 12 de julio de 2000, p. 11.

⁴ Juan Bautista A Valle-Arce. *Op. cit.*, p. 270.

⁵ Sobre el libro en tanto que símbolo pueden consultarse varios volúmenes. En esta ocasión, por su meollo y brevedad, podemos recomendar a Jean Chevalier y Alain Gheerhrant. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona, Ed. Herder, 1995.

⁶ J. B. A valle-Arce. *Op. cit.*, p. 271. Quizá convenga recordar que A valle Arce, nacido en Buenos Aires el 13 de mayo de 1927, estudió en St. Andrew's School (Argentina y Escocia) entre 1933 y 1941, que cursó sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires (1941-1947), que desde 1942 a 1947 colaboró en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Con sólo veinte años de edad pasa a Estados Unidos, donde en el Harvard College (1948-51), obtiene su A.B. "cum laude" y que recibe su M. A. en la Harvard University (1952) para obtener su Ph. D., en la misma Universidad en 1955. También es conocido que numerosos universitarios se fueron del país recelosos por la presencia del Gral. Perón en la Presidencia de la Nación.

⁷ J. B. A valle-Arce en su edición *Don Quijote de la Mancha (Primera Parte)*. Madrid, Alhambra, 1979, cap. VI, nota de pie de pág. nO 3.

⁸ Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. Edición, estudio y notas

de Juan Bautista Avalor-Arce. Madrid, Alhambra, 1979, p. 121. Las citas del *Quijote* se hacen por esta edición.

⁹ Por ejemplo, en los capítulos XLVII Y L de la primera parte se desarrolla toda una discusión didáctica sobre el teatro.

¹⁰ Juan Bautista Avalor-Arce. *Op. cit.*, pág. 283.

¹¹ Miguel de Cervantes Saavedra. *Comedias y entremeses*. En: *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1960, pp. 180 Y 181.

¹² *Don Quijote* (11, 6).